

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

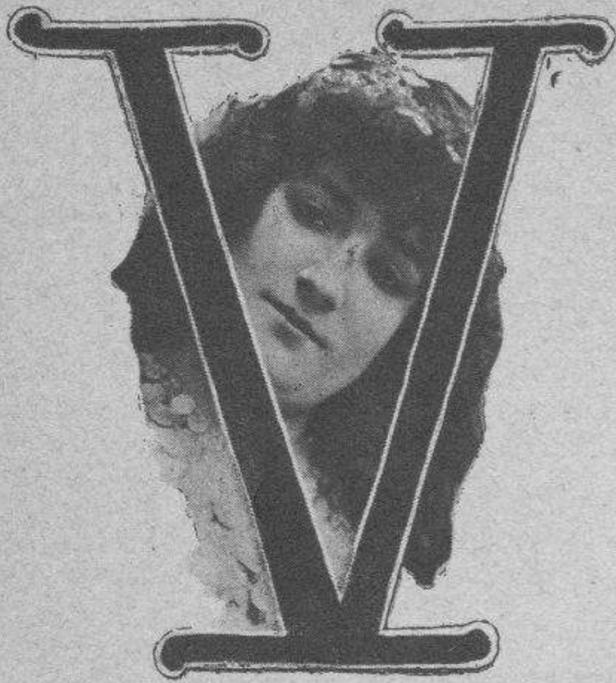
BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1900

NÚM. 525

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻



—Y dirán ustedes cuando termine el año próximo: á contar desde el Extraordinario, ¡qué tomo más ameno y culto y distraído el de LA SAETA!



Cháchara alegre

ERÁN ustedes. El ex confitero Palet, que debutó de tenor en nuestro Gran Teatro del Liceo, ha sacado de quicio á todos los dependientes de ultramarinos más ó menos Palets. Con este motivo, los dueños de estos establecimientos están que se los llevan los demonios, porque á sus empleados les parece ya demasiado prosaico el andar con los garbanzos ó los fideos entre manos.

A lo mejor va usted á una tienda de ultramarinos y la encuentra desierta, sin dependiente que le despache, y en cambio, de las interioridades de la trastienda, llegan á sus oídos las notas melifluas de un aria, ó de una romanza, ó de un racconto. ¡Claro! Usted, que no ha entra-

do allí á oír ópera, sino á comprar tres onzas de queso de bola, por ejemplo, se da á cien mil diablos, y después de esperar un rato, acaba por impacientarse y tocar las palmas como si llamara al vigilante.

Aparece el dueño y se indigna contra su dependiente.

—Pero ¿no le han despachado á usted?—le dice furioso.

—No, señor.

Y se dirige á la trastienda, volviendo á poco con el *hortera*.

—¿Por qué no está usted en donde debe estar para satisfacer á los parroquianos?—pregunta el dueño secamente.

—Usted dispense; estaba ensayando el *Spirto*.

—¿Ensayar el espíritu? ¿Para qué? Yo ya sé que el alcohol que entra en mi casa es de lo mejor y no necesita ensayo de ninguna clase.

—No, don Faustino; no es ese espíritu el que estaba ensayando; ésos son otros alcoholes. Me refiero al *Spirto gentile* de la *Favorita*.

Y, dirigiéndose á usted, añade:

—Tome el queso de bola.

—Adiós, Palet,—contestará usted inmediatamente, porque es natural que se equivoque después de oírle hablar de aquel modo. Y luego de haber salido usted de la tienda, el futuro tenor del Liceo se dirige al dueño muy satisfecho, diciéndole:

—¿Ve usted? Ese señor se conoce que entiende de música, porque me ha llamado Palet.

—Bueno: mire usted, Serafín,—contesta el tendero amoscado,—yo lo que quiero es que no se mueva de aquí, porque éste es su sitio y su trabajo; no el estar cantando ópera en la trastienda.

—¡Cómo se conoce que usted no protege el Arte!

—Nada, nada; aquí lo que hay que proteger son los garbanzos, y si no está conforme, ya lo sabe usted: por la puerta se va á la calle.

—No, señor; á la calle, no. Al Liceo es donde yo voy á ir ahora mismo.

—¡Ah! ¿Se marcha usted de casa?

—Sí, señor; porque yo quiero seguir la carrera artística. Que usted lo pase bien.

Y sin decir más, se despoja de su blusa larga, coge el sombrero y sale del establecimiento tarareando el *Ave María*, de Gounod, en dirección del Liceo.



Allí se presenta al maestro Goula, que por casualidad se encuentra en el teatro, y le dice:

— Maestro, yo soy un segundo Palet; yo deseo debutar, porque tengo condiciones para ello, y vengo á que usted me pruebe la voz.

Al pronto Goula se muestra satisfecho, porque cree haber realizado una nueva conquista, y acepta la prueba; pero al comenzar las primeras notas, Serafín da un gallo y Goula le despacha con cajas destempladas.

El infeliz *hortera* y artista atribuye á envidia lo que le sucede y sigue unos días con sus ilusiones de debutar, hasta que, al verse en la calle sin un cuarto y con un hambre atroz, se acuerda de su buen don Faustino y vuelve á la tienda á solicitar de nuevo colocación.

Es claro: Serafín no le cuenta á su principal lo ocurrido; le dice simplemente que no puede debutar hasta la siguiente temporada, y que mientras tanto necesita colocarse de nuevo en su casa; pero don Faustino, que ya había adquirido dependiente, y además sigue aún indignado con Serafín por la manera insolente que había tenido de salir de su casa, se niega rotundamente á recibirle.

Pero lo bueno del caso es que Angel, el nuevo dependiente de la tienda, que se halla en aquel momento despachando á una criada media onza de manteca de cerdo con triquinosis, en cuanto Serafín sale á la calle, entusiasmado por la facilidad con que éste ha conseguido del maestro Goula la promesa del *debut*, se despide inmediatamente de don Faustino y se marcha.

Y el dueño, entretanto, maldice á Palet, tirándose de los pelos, y jura silbarle en cuanto vuelva á cantar en Barcelona.

CARLOS RIA-BAJA.



—Tiene razón el confesor: el invierno es conveniente, porque, gracias al manguito, se evita una que hagan las primeras diabluras nuestras manos.

ÓYELO BIEN

¿Que deje yo á esa mujer?
 ¿Que no piense en ella más?
 ¿Que la olvide? ¡Si creerás
 que eso es tan fácil de hacer!
 Dices que no me conviene,
 ¡cuando es mi dicha y mi gloria!
 «que es una mujer de historia...»
 ¿Historia? ¡Quién no la tiene!
 Además, la desdichada
 no es de su falta culpable;
 otra alma es la responsable,
 la suya no, que es honrada.
 Por eso mismo la adoro
 y me tiene enamorado;
 yo su pecho he sondeado
 y he visto en él un tesoro.
 Ya sabes cómo nació:
 tuvo una hiena por madre,
 y ni conoció á su padre
 ni aun sabe quién la engendró.
 De la Inclusa fué al Hospicio
 sin un mal obscuro nombre;
 más tarde la perdió un hombre
 y se sumergió en el vicio.
 Yo, que la vi santa y bella,
 la di mi mano de hermano;
 ¡y ella me besó la mano
 antes de cogerse á ella!
 Si con ternuras de niño
 yo en mis brazos la acogí,
 ella, mirándose en mí,
 me paga con su cariño.
 Esta es su hitoria en esencia;
 dime si tengo razón
 para darle el corazón
 y tratarla con clemencia.
 ¿Que es de historia en decir das?
 Yo no te consulto á ti;
 siendo buena para mí,
 ¡qué me importa lo demás!
 Si fué mala, es buena ahora;
 mejor que el mejor amigo,
 y mientras viva conmigo
 es mi mujer... ¡mi señora!

MIGUEL DE SILES CABRERA.



—Lo mismo da ser dama que pastora; no ha de tener, Dios mío, más que pavos que en la villa ó el campo, la señora en su corte de esclavos.

CUENTOS

Un paleta entregó á un doctor una peseta falsa que éste no pudo hacer pasar de ninguna manera.

Tuvo que visitar otra vez el doctor al mismo paleta y envolviendo la peseta en una oblea se la dió, diciéndole:

—Tome usted esto y yo le aseguro que curará de su mal.

El paleta, tras de hacer inútiles esfuerzos para tragar la moneda, le dijo:

—Señor doctor, esta píldora no la puedo pasar.

—Tampoco yo, tome usted paciencia.

En la escuela:

El profesor levanta el dedo meñique y exclama:

—A este dedo se le llama también auricular, porque á veces se lo introduce uno en la oreja.

Después levanta el dedo índice y pregunta á uno de sus discípulos:

—Y éste, ¿cómo se llama?

—Narizcular, porque á veces se lo introduce uno en la nariz.

Dice un aspirante á político:

—Ahora me ha entrado el capricho de ser orador. ¿Sabes tú qué condiciones se necesitan para hablar en público?

—Muchas,—contesta Gedeón; —pero la primera es que haya gente.

ÍNTIMAS

Yo quiero sumergirme de tus ojos en la insondable claridad dormida; y buzo del ensueño de la vida, descubrir de otra vida los despojos entre la honda claridad dormida.

De tus labios los rojos amarantos, me darán con tus besos el perfume de la espléndida flor que se consume; y así palpitará sobre mis cantos de tus labios el cálido perfume.

Yo quiero de tu labio apasionado aprender la canción del embeleso, al sentir una gloria en cada beso

y en cada gloria un vuelo del pasado... ¡Oh, qué grata es la voz del embeleso!...

¡Oh, desdobra tu negra cabellera, y enreda entre sus haces mis cantares, ondina voluptuosa de los mares donde boga la pálida Quimera, sobre la barca azul de mis cantares!...

Ven, anudemos en un mismo lazo de nuestras almas el destino ciego... y lánzame después—dardo de fuego—desde el arco de carne de tu abrazo, las saetas de amor del niño ciego!...

FRANCISCO A. RIU.

FORTUNATO

La vulgaridad personificada así en lo físico como en lo moral, debía el sugestivo apodo de «Fortunato» al gran partido que había logrado adquirir entre las mujeres de su clase, categoría y circunstancias, hasta el extremo de tener cierta fama de conquistador entre las gentes del barrio, sin que nadie cayese en la cuenta del secreto á que obedecían sus fáciles triunfos amorosos.

Vanidoso, engreído y fatuo, como todo el que se ve sin merecimientos favorecido por la voluble diosa que se entretiene en hacer y deshacer ruedas, «Fortunato» se creía un irresistible Tenorio, mentía con el mayor descaro al ponderar el lisonjero éxito de sus numerosas aventuras, alardeaba de haber despreciado apetitosas ocasiones, y, á pesar de todo, aun rebajando la cuarta parte de la mitad, al fin le quedaba un contingente real para mantener su reputación y para excitar la envidia de los tímidos y de los necios, que siempre se quedan á la luna de Valencia, renegando de su perra suerte.

*
* *

¿El secreto de «Fortunato»? Era una mera cuestión de «estética parda», que él mismo no la sabría explicar, aunque la aplicaba á maravilla, si hemos de juzgar por los resultados.

Reduciase á lo siguiente, según la fraseología taurina que solía emplear en los momentos en que se sentía inspirado por el espíritu de la olorosa manzanilla:

«To er tó que tó está en torea á al revés, en irze derecho ar burto, en pisarle er terreno á la fiera, en aguantá los temporales y en aprovechá er momento pa entrá á matá. Lo demás, toito lo jasen ellas.»

O en otros términos: escoger lo feo en vez de buscar lo bonito, señalar las faltas en lugar de ponderar las bellezas, llamar la atención de la hembra hiriéndola en lo más vivo, oír con descarada flema las más severas repulsas, con el objeto de halagar definitivamente la vanidad de la interesada, requebrándola sin circunloquios por lo que estima que puede presumir. (Nunca falta un espejo que refleje una mentira, ni un consuelo para la natural desgracia, ni una ilusión para cascos montados á la jineta, como suelen ser los de los pocos años.)

*
* *

«Fortunato», siempre á caza de feas, recibe cada feo que tiembla el misterio; pero todo lo da por bien empleado, con tal de dar con la horma de su zapato. Llevando el no siempre consigo, por mucho que pierda, á la postre sale ganando; si se ríen á su costa, él comparte la risa atribuyéndose la gloria de haber provocado la ocurrencia que le deja en ridículo; si le ponen como un trapo, devuelve los dicterios con lo primero que se le viene á la boca; si por casualidad cae en gracia, no se cambia ni por Rothschild. ¿Cabe mayor fortuna de hombre?

A lo mejor se encara con una «atropella», que no tiene nada de particular, y le dice á boca-jarro:

—Comare, ¡qué fea es usté!

Ella, que no se muerde la lengua, hace un gesto capaz de derribar una casa y le contesta en el acto:

—Pues ¿qué? ¿Creía usté que era solo en el mundo?

Quédase nuestro hombre «rumiando» la oportuna respuesta y ella remacha el clavo, riéndose y diciendo:

—Mia el buen mozo: ¡se ha quedao más serio que un serón sin estrená!

A pesar de su «marcha» y de los «timos» aprendidos que guarda para las ocasiones, «Fortunato» está desconcertado, y sacando fuerzas de flaqueza, procura salir del paso con este manoseado logogrifo:

—Comare, créame usté, por mi salú, que es verdá lo que yo estoy pensando.



El vinillo es superior.

Pero también ¡qué traidor!

Ella, riéndose y rápida como una saeta:

—Ya lo creo: está usted pensando... en el pienso; ¡y que está poco carito *er verde!*

—¡Lo que tiene usted es mucha gracia, *sicatera*; por usted era yo capaz de ir...!

—¡Vaya usted á calle Daos, que á perra chica venden er cartucho!

—¿De dinamita? (Riendo su ocurrencia.)

—¡De sá, mal ange; de lo que le fartó ar cura que te echó el agua... helá!

Ni que decir tiene que nuestro héroe se dió por satisfecho, dejó ir por su camino á la salerosa doméstica y se quedó pensando en que la había «flechado», aunque convenía dejarla para mejor ocasión.

Si así son todas tus conquistas, digamos, parodiando al tartamudo Carreño:

—¡A...diós, An...níbal!

*
*
*

Cuando está Fortunato en su fuerte y en sus glorias es cuando pasea en compañía de unos cuantos «guasones» de los que no tienen inconveniente en orear sus «gracias», burlándose, de camino, hasta de su propia sombra, de lo cual no se entera nunca el *destripador*, que cree merecérselo todo por su fea cara. En tales casos es cuando no pasa una bizca sin que la insulte diciendo:

—¡Anda, hija, que traes los zapatos cambiaos!

¡Si la aludida tuviese la virtud que se le atribuye al basilisco! Pero no hace falta, que ella tiene buena lengua y se saca la espina largándole una andanada por eset estilo:

—¡Anda ayá, cara é repápalo; vete á la gandinga, que es donde estás jaciendo farta; mar gato te acaricie los ojos!

Los amigotes prorrumpen en estrepitosas risas, azuzan al «galanteador», piropean á su modo á la muchacha, hacen que se fije la gente, que formen corro los desocupados y que se desarrolle una escena tan poco edificante como imposible de describir sin ofender á los cultos lectores.

El, sin embargo, no se da cuenta del papel que ha desempeñado, y poco después se tropieza con una infeliz, poco favorecida de rostro, que está preocupada repasando una cuenta, que por lo visto no le sale, y procurará distraerla con esta depreciativa observación:



—Pero usted ¿qué se ha creído?
Yo le arrimo una guantá:
¡pues vaya si se la arrimo!...

La Saeta

—De sería que está esa mujé, tiene la cara como un tacón.

La ofendida se contenta con replicar:

—¡En el tacón de mi bota tengo vergüenza para toa tu casta, so mandil!

—¡Ole la vergüenza! ¿Quiés que te tome er morde é los jocicos?

—¡Atrévete y verás! (Con aire amenazador.)

—Vamos, chiquilla, no te arteres; tó ha sío una groma... ¿Quiés sé mi novia de veras?

—¡Anda y que te quiera...

la guardia civí, so charrán!

Dicho lo cual se marcha á más andar la moza, dirigiendo miradas incendiarias al insolente provocador.

*
**



—Otras hablan del verano:
dadme á mí el invierno, porque

es la estación indicada
para que tropiece el hombre.

Así comienzan, y así son todas las conquistas de «Fortunato»; así ha adquirido su poco envidiable fama; así ha logrado engatusar á algunas más infelices que él; así ha conseguido que se le cite como hombre «marchoso» é irresistible (y verdaderamente lo es); así ha aprendido á vivir sin trabajar á costa de viejas y feas; así alterna con gentes de dinero (de vergüenza no hablemos), y aun suele codearse con personas decentes... que le protegen cuando por casualidad consume una infamia amorosa.

Cuando viven y medran tipos de esta calaña, ¿qué podremos decir de la sociedad que los sostiene y que los apadrina, que los festeja y hasta los adula, atribuyéndoles mérito excepcional?

Pregunta es ésta que, desgraciadamente, no tiene contestación.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

CANTARES REMENDADOS

*Con flores de una corona
he visto formar un nido.
Yo lo vi formar de paja
y, ya ve usted, no lo digo...*

*Mira lo que me decían
cuando me marché del pueblo:
Como á todos: —¡Conservarse!
—¡Expresiones! ó —¡Recuerdos!*

*Por una puñaladita
me metieron en la cárcel.
Pues, mire usted, muy bien hecho,
y no quiero el mal de nadie...*

*Te quiero si abres los ojos,
pero más si los entornas.
Cuando uno quiere á una niña
se dicen cosas muy tontas.*

*Las semillas del amor
que á un tiempo los dos cogimos,
las plantaron en un huerto
y aparecieron pepinos...*

*Procura no despertarme
cuando me veas dormir.
¡Porque si sueño algo bueno,
te vas á acordar de mí!...*

MORENO.

Libros y Comedias

«Bodas reales», por B. Pérez Galdós

I



El señor Pérez Galdós ha puesto fin á su labor cerrando magistralmente la serie tercera de «Episodios nacionales». —¿Cómo es eso?—dirán algunos.—¿Es que usted se propone confundir con la hipérbole del elogio su admiración, nunca desmentida, al maestro insigne? ¿No ha de haber tacha en cuanto produce? ¿Y si la hay, pretende obscurecerla á copia de aplausos?

Procediendo así, no sólo defraudaría al público, á quien debo exponer con sinceridad mi juicio, sino que no alcanzaría de Galdós benevolencia alguna. Galdós, el hombre más modesto de cuantos escriben, no puede transigir con los aduladores, y hace bien, puesto que

los aduladores son siempre tontos; Galdós, que ha dado inequívocas pruebas de imparcialidad y de independencia en su Arte, odia el servilismo; Galdós, en fin, no necesita que yo le aplauda y le elogie para alcanzar un nuevo triunfo. Luego queda destruída la objeción. Sobre eso ocurre que si yo no considerara suficiente mi aptitud—y es claro que no la considero—para ponerle reparos y distingos, le diría sencillamente: «Maestro, mire que lo de ahora no me gusta.» Y como no vale para él decirlo tan á secas, porque grandes respetos merece, razonaría, con todas las salvedades posibles, la causa de tan peregrino disgusto: siempre sentando que mis apreciaciones eran íntimas, personales, sin caracteres de autoridad, y por tanto, en el alto orden de las ideas, sujetas á error.

—Pues ya veo en qué parará la cosa, —me interrumpe uno del coro.—En que usted diga, como yo digo, no me han gustado «Bodas reales».

¡Ah, no! A mí me han gustado «Bodas reales», puesto que, aparte todo juicio estético, me ha complacido su lectura. Y para dar, como siempre, prendas que no me duelen de mi sinceridad, quiero, antes de meterme en harina, exponer que no me extraña el caso de que no guste la obra.

Hay dos motivos:

Uno: que al anunciarse su publicación, las gentes esperaban encontrar en sus páginas algo palpitante y personalísimo de la existencia de Isabel II. Hasta los periódicos dijeron que Galdós había ido á París con objeto de ver á la soberana, y estudiar los rasgos para reconstituir y fijar el carácter. No faltará quién haya buscado tenazmente la salsa picante y anecdótica con que se nutre la malsana curiosidad.

Otro: que «Bodas reales» no tienen, como otros episodios, ni pizca de novela, ó dicho de otro modo, tanto interés novelesco, y aunque esté amasado con he-



—Pero ¡qué importuno viento!
¡Y en el instante preciso
en que él me viene siguiendo! ..

La Saeta

chos y psicologías recogidos en la observación y el estudio de la realidad, no menos placentero y grato á nuestros espíritus meridionales. En «Bodas reales» la novela ha dejado libre el campo á la Historia.

De todo esto resulta un libro interesante para el estudio, para la crítica.

* * *

Y lo primero que yo apunto, para que no se escape ú olvide, es que Galdós ha salvado, con la maestría que en él es notoria, el terrible escollo: el de ponernos en escena, dado el carácter de



EL INVIERNO —¿Nieva? No importa, que así puedo mi empaque lucir.

los Episodios, con su ser íntimo, la persona de Isabel II: no porque tan ligada está á la realeza imperante y á los acontecimientos, de los cuales el ruido aun repercute en la conciencia de los españoles, sino porque es éste un terreno resbaladizo para un literato que, copiando muy de cerca los hechos, quiere sostenerse en su papel de fotógrafo, con máquinas imperfectas y teniendo que retocar los efectos de perspectiva. El talento de Galdós está en eso: en evitar el conflicto que presenta al historiador, el literato; y de tal modo lo salva, que la Reina no pasa por el libro sino como una sombra, sin dibujarse siquiera su fisonomía, sin determinarse tampoco las líneas de su ser moral. ¿Podrá acusarse á Galdós, puesto que ha dado pruebas de talento en el penúltimo episodio, dándonos lo más difícil, el alma de la niña, de insuficiencia en su arte? ¡No, nunca! El mismo nos habla, en «Bodas reales», de la reina más popular y más querida entre el pueblo español, y esa reina que es dama y vive aún, no podía ser expuesta á la consideración novelesca de un público que no se ha petrificado todavía en las pirámides de la Historia.

Galdós habla, entre otros, de Prim (en las mismas «Bodas reales»), y habla de manera que marca los caracteres de una pasión política, cierto es; pero esto, precisamente, va en abono de lo que expongo, ó sea, viene á probar que Galdós no ha desmentido, por tratarse de Isabel II, su carácter de historiador. Galdós no ha querido fijar personalismos, sino épocas. Sus Episodios son, como he dicho varias veces, una historia vivida, una reconstitución de épocas, con apuntes que servirán á los futuros historiadores, y en esta parte es en la que merece elogio y aplauso, sin excusas ni reparos. Si Galdós no trata sino de fijar la época, poco importa que se nos presente á Isabel II esfumada, perdida en las nubes vagas que circundan su aureola real.

Y hechas estas consideraciones á título de generalidad (consideración que merecen «Bodas reales» más que ningún otro episodio), dejo para otro estudio la conclusión de mi juicio, no sin

advertir que en «Bodas reales» está el interés novelesco circunscrito, con arte admirable, al idilio de un alma—de la señora Carrasco,—el idilio más hermoso, por lo que tiene de humanidad y de realismo de cuantos en arte aprecié hasta aquí.

Y conste... En este episodio habrá menos novela, pero hay más poesía.

J. F. Luján.

ACUARELA

I

Hace tres noches, que un joven,
debajo de mi ventana,
con voz temblorosa y triste
sus quejas al aire lanza,
y el eco de sus canciones,
que me entristece y me halaga,
llega á mí como el arrullo
de un amor sin esperanza.
Desde que oi sus cantares
que la alegría me falta,
y estoy muy triste, y no cuido
mi rosal de rosas blancas!
Yo le escucho indiferente,
mas... no sé por qué, en mi alma
siento alegría y tristeza
cuando por las noches canta.
Su voz argentina y dulce
se parece á una cascada
de níveas perlas que caen
sobre bandeja de plata. .
¡Qué tiernos son sus cantares
y el eco de su guitarra!
Hoy, mi timidez venciendo,
me asomaré á la ventana
para escuchar, temblorosa,
su doliente serenata,
que me entristece y alegra
sin que yo sepa la causa.

Obscura está la calleja
y está la noche callada.
Las estrellas y la luna,
por tenues nubes veladas,
no alumbran, como otras veces,
con sus lucecillas pálidas,
y están, como yo, muy tristes
las marchitas rosas blancas
con las que adorno el alféizar
de mi gótica ventana!
La silueta de un mancebo
por la calleja adelanta,
y es él, que viene amoroso
rasgueando su guitarra.
Cuando levante los ojos
y me vea aquí asomada,
me hablará... Pero, Dios mío,
¡qué vergüenza si me hablara!

II

¡Aun distingo en la penumbra
su difusa sombra vaga,
y aun resuena en mis oídos
el eco de sus palabras!
Temblando le vi acercarse
hasta el pie de mi ventana,
y, clavando en mí los ojos,

confesó que me adoraba;
y al escuchar temblorosa
confesión tan deseada,
de mi alegría y tristeza
llegué á descubrir la causa,
y es que oyendo sus cantares
y el eco de su guitarra,
sin sospecharlo siquiera
le había entregado mi alma.

¡Qué noche tan apacible!
¡Cómo convida á gozarla!
Las estrellas y la luna

libres de la tenue gasa,
lucen sus vivos reflejos
y alumbran con luz de plata.
En aquel trozo de cielo
se percibe estrecha franja
de pequeñas nubecillas
anunciadoras del alba.
¿Está la noche más bella,
ó está más alegre mi alma?
¡Sólo entre tanta alegría
mi rosal me llama ingrata
y sin mi cariño mueren
mis queridas rosas blancas!...

A. SERRA CUBELLS.



EL INVIERNO

—Me ha sorprendido la lluvia.
¿No hay un alma que me cubra?

La mujer y el Carnaval

La mujer es un grato misterio, en el que todo el mundo tiene fe sin descifrarlo.

DUBAY.

 AL vez porque la mujer *es un grato misterio* le gusta tanto el Carnaval; porque no hay duda de que le gusta. Con ser esos breves días ocasión de revelaciones y de osadías, les placen á la mujer, que se delata por dentro más, á medida que más se recata por fuera. Es un misterio la mujer que no tiene confianza en sí misma, y se arrebuja entre los amplios pliegues de un disfraz, y se cubre el rostro con un sofocante antifaz, para hacerse la ilusión de que no se la ha de conocer, aunque se traiga el corazón á los labios y pierda el miedo á todas las leyes que el sexo y el mundo lanzaron sobre sus blandos hombros cuando la hallan sin la defensa de una máscara.

De eso de que la mujer es un misterio hemos dejado hecha una frase, al par que nos hemos hecho una creencia; sin embargo, el *disimulo* no tiene nombre de mujer. Y luego diremos que se ve el cielo en su mirada, que asoma su alma en una sonrisa, que se descubre su corazón en su semblante, que el candor y la inocencia no la dejan mentir. Pero ya veo que todas éstas son frases de enamorados, y que por encima de todas ellas sigue viva la idea de que la mujer es arca tapada, libro mudo, arcano impenetrable, concha cerrada en que no puede poner mano atrevida el más audaz, ni penetrar rayo de mirada en busca de lo guardado y escondido. Hasta los amantes hacen á sus amadas la ofensa de creer que en ellas la astucia vence al afecto, en tanto que sufren celos y desconfianzas que, aunque infundadas, causan crueles sufrimientos. ¿Cómo es posible soñar con traiciones frente á frente de un rostro de serafín? Pues acontece. ¿Cómo se

explica que el que más ama más ofende con sospechas y temores? Pues así es, aun sin explicación. Pero no, que la tiene en la vieja y arraigada creencia de que la mujer es un misterio.

Ahora bien; sin que afirmemos que lo sea siempre, no hemos de negar que le gusta lo misterioso; que tiene instintiva y singular simpatía hacia todo lo secreto, simpatía que se revela en su tendencia y su gusto por lo oculto, especialmente cuando afecta á sus sentimientos; en la complacencia con que busca y mantiene lo misterioso, tal vez porque sombras y silencio favorecieron siempre su bien injustamente mermada libertad; y en la necesidad, en fin, que siente de ocultar sus pensamientos y emociones, creyendo de este modo defenderse del mundo mordaz, de la mujer envidiosa y del hombre tirano.

Simpatía, complacencia y necesidad, explican suficientemente ese amor al misterio que puede ser prudencia en la vida ordinaria y que se cambia en astucia muchas veces, y en osadía y desquite no pocas, y entre ellas en el Carnaval. La instintiva simpatía proviene de un interior presentimiento de que los aires públicos lastiman sus sentimientos: tie-



—Así y todo, siento frío; y es que ¡es tan fría la existencia de una mujer que anda sola por esos mundos...!

nen la clara instuición de que son delicados más que el vidrio, de que son como los aromas, que se desvanecen en el aire, y á más los aspira todo el mundo, incluso el que puede profanarlos, de que son puros y fáciles de manchar con una burla, con un aliento de la indiferencia, con un rozamiento de la incredulidad, con una grosería del desdén, con una gota de amargura del desamor, ó con otra del hielo de la insensibilidad, y los guardan cuidadosamente para que no se los maltraten y sobre todo para que los disfrute por entero el afortunado mortal que tiene la ventura de excitarlos.

La reserva, sugerida por el instinto, la confirma la experiencia; porque muy pronto ve por una parte que sentimiento revelado pierde su importancia, su interés y su poesía, y por otra que fueron infelices las que candorosa, pero temerariamente, dejaron escapar su mérito. «¡Infeliz de la mujer, — exclama, — que tras de entregar su corazón revela su desgracia!» Cae en dependencia que puede trocarse en esclavitud, y se hunde en esos abismos del ridículo á que tanto y con tanta razón temen las demás.

Y he aquí cómo el misterio, sobre serles útil, les complace. Vivas están las páginas de nuestra historia galante llenas de misteriosas aventuras: las noches de verbena, en que se enamora al través del rebocillo; las casas de esquina con balcones y puertas á calles diferentes, los discreteos de amor en el oscuro jardín y en la espesa enramada; las escapadas nocturnas acompañadas de la dueña infiel, de la amiga casquivana, ó de la docella enredadora, graciosa *galeotilla* contra las órdenes del padre gotoso, del hermano suspicaz, ó de la madre severa. Esta libertad de las sombras y del disfraz, hacen del misterio una cosa deliciosa, llena de encantos, solicitada por la misma pasión, que se nutre de trapisondas, se robustece con la gimnástica de los sobresaltos y sustos y se estimula, ya con la ilusión de la impunidad, ya con la esperanza del triunfo.

Hoy, que han pasado esas costumbres, y que cayeron en desuso el manto y la capa, han venido los bailes de máscaras á reducir á una breve temporada las hazañas continuas del amor y las empresas galantes. Estas se hacen ahora á cara descubierta y á ojos vistas; aquéllos han abatido tanto su nivel, que ni puede presenciarlas una dama, ni menos podrá disculpar su atre-



—¡Y pasa de largo! ¡Este balcón, que tantas veces llamó su cielo, se ha convertido en purgatorio para mí!



—¡Qué fastidio! ¡Que no puede acudir á la cita, y, en prueba de atención, me deja este ramo! ¡Si creerá que le pueden reemplazar las flores!

menil de grato: aun puede añadirse que es dulce; porque ¿qué logogrifo se descifrá con mayor gusto que el del corazón femenino? ¿Quién no goza no más que con el deseo de averiguar quién es aquel animado envoltorio que le pone delante el Carnaval para enloquecerle y aturdirle? ¿Cómo no ha de disfrutar grandemente con la resolución de esa charada viva, tan encantadora por fuera como dulce por dentro, que seguramente guarda un secreto de amor y de ternura, lleno de promesas, de caricias, de venturas, rara vez de furores, de amenazas y de traiciones? Aun así conviene descifrar el arcano para resguardarnos contra él para frustrarlo, ó para desvanecerlo.

CRISTIÁN.

CAÑITAS

Parece sueño y no es sueño
lo que me sucede á mí.
Hablo mal de tu persona
y lloro al verte sufrir.

Mira cómo te has casado.
Lo mismo que al niño, igual,
le dicen: —Reza á la Virgen,
y el niño empieza á rezar...

A nosotros nos sucede
lo que á las olas del mar:
¡Ay, qué vacío al partir!
¡Ay, qué alegría al llegar!...

J. ENRIQUE DOTRES.

BELLAS ARTES



EL AMOR TRAVIESO

LA VENTANA VERDE

En el muro blanco
de una casa alegre
se ve todavía,
cerca de su puerta, una reja verde.
La gente que pasa
la ve indiferente,
y yo, sin embargo,
anhelo mirarla, quiero verla siempre.
Siempre que la observo,
evoca mi mente
los años pasados
que con sus delirios se van y no vuelven.
En esa ventana,
¡cuántas, cuántas veces
canté mis amores
pulsando la lira de sus hierros verdes!
La vi en los veranos.
¡Ya no resplandece
el sol que abrasaba
menos que la hoguera de mi pecho ardiente!
La vi en los inviernos
cubierta de nieve,
que era menos fría
que los corazones que el amor no sienten.
La vi en primavera
llena de claveles,
que después lograban
de mi hermosa virgen coronar las sienas.
La vi entre las brumas
del otoño breve,
menos vaporosas
que eran los azules sueños de mi mente.
Vi en las alboradas
resbalar las tenues
gotas del rocío
sobre sus brillantes vidrios transparentes.
La vi de las siestas
á la luz ardiente,

sirviendo de espejo
al sol que calcina las doradas mieses.
Y la vi en las noches,
cuando el dulce ambiente
llevaba á mi novia
todos los aromas de nuestros verjeles.
Esa amada mía
no me dió desdenes;
ella me esperaba
detrás de los hierros, linda y sonriente.
La aguja de plata
que los hilos teje
bordando mi nombre,
temblaba en sus manos de rosa y de nieve.
Yo, hasta en los cristales
que empañó el relente,
tracé con el dedo
su nombre, más dulce que sabrosas mieles.
Ya en mi hogar anida;
la adoro y me quiere;
ya no es la paloma
de aquella ventana presa entre las redes.
Memorias tan gratas
la reja me ofrece,
que al pasar por ella
mi amoroso pecho se alegra y conmueve.
Como blancas perlas,
cuando nieva ó llueve,
las gotas, temblando
por entre sus barras, lentas se desprenden.
La reja está sola;
que llora parece
recordando el tiempo
de las ilusiones, que se va y no vuelve.
¡Oh vieja ventana!
¡Cuántas, cuántas veces
canté mis amores
pulsando la lira de tus hierros verdes!

ENRIQUE REDEL.

BRINDIS

... Y brindé por mi amor que se moría
á los desmayos de la luz difusa;
por la estrofa postrar que se extinguía
bajo las alas rotas de mi musa.

Por mi novia de ayer; la virgen pálida,
que con mis versos revestí de flores;
y vivió como mística crisálida
en el capullo azul de los amores.

Y que informe su alma, misteriosa,
por ósculos terrenos abatida,
no pudo realizarse en mariposa,
y diáfana y sutil, dejó la vida.

Por el pasado,—dije,—por la gloria
de mi pasión fugaz; por las tersuras
de sus carnes, moléculas de escoria
ocultas del ensueño en las alburas.

Por sus carnes divinas, como ampos
de nieves engarzados en los músculos...

por sus rubios cabellos, muertos lampos
de soles en caídas de crepúsculos.

Por lo fugaz, lo efímero, lo leve...
que no resiste á la existencia ruda,
y muere como flor bajo la nieve,
en la estéril estepa de la duda.

Por lo que apenas roza la existencia
como el suspiro de un dolor remoto,
y un éxtasis lleva la conciencia
con quimérico afán hacia lo ignoto.

Por lo que apenas vive en la bohemia
del alma, que se arrastra descreída...
y pasa como un glóbulo de anemia
por las rojas arterias de la vida.

Y por todo lo grande que concibo,
del mundo en el errante sueño incierto.

¡Por todo lo que vive y no está vivo!...

¡Por todo lo que muere y no está muerto!...

FRANCISCO A. RIU.

LOS MAESTROS



Nos obliga el patriotismo, ha dicho un periódico, á morirnos de hambre por no dar un espectáculo bochornoso ante el mundo entero propagando que España no se cura de la culpa de matar de hambre á los mentores de la niñez.

Así hemos echado el pelo, en lo que va de siglo.

Los maestros se quejan de que no cobran, y, lo que es aun peor, de que no comen.

¿Hay filosofía posible ante un estómago vacío?

¡Ah, míseros garbanzos!

A mí siempre me han hecho reír aquellos que pretendían hacernos creer en nuestras novedades acerca *del hambre* que habían pasado Zorrilla, Espronceda, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros y otros «percebes» como éstos.

Niego todo eso á pies juntillas... ¿Creen ustedes que Espronceda escribió con el flato de unas míseras alubias el *Diablo Mundo*?

¿Creen ustedes que Zorrilla escribió sus *Ecos en las montañas* y sus *Cantos del Trovador* sin tener lastre en el estómago?

¡Magras!

Por eso—no por las magras... ¡que ahí es donde duele!—por eso, digo, los maestros se quejan con razones fundadas.

¿Cómo han de enseñar á los chicos entre bostezo y bostezo, encorvados por los latidos de un estómago... de aire y sin esperanzas de comer ni hoy, ni mañana, ni pasado?

El estómago, perdóneme ustedes la máxima, es la gran máquina del mundo.

Cuando á mí me dicen que Fulano tiene un talento superior, y que es un hombre que resuelve todos los problemas, y descifra todos los acertijos, y conoce todas las reglas de la «cucología andante», digo para mi capote.

—¡Qué buen jamón debe comer ese hombre!

¿Por qué el gobierno no ha de atender las que-



PENSAMIENTOS DE ELLAS

—La mujer sería una flor en el paraíso de la Tierra, si el hombre, egoísta, no la convirtiese en árbol.



La mujer, como el político,
todo es la misma cuestión:
conservar el equilibrio.

jas de los maestros, oyendo las reclamaciones en que fundan su derecho indiscutible á cobrar y proveyendo en seguida á sus justas, á sus legítimas aspiraciones?

¿O es que, como dicen por ahí los espíritus malévolos, conviene á estos gobiernos que los chicos no sepan leer y que España pase por la vergüenza de contar con las dos terceras partes de sus habitantes en calidad de burros?

Pues ¡arre!, y mientras los maestros no armen *la gorda* (¡que otros la armaron con menos motivo!), y en tanto que los educadores de la niñez permitan los *excesos* que yo me sé y ellos no ignoran, me atengo á lo dicho y termino este artículo, ó lo que sea, diciendo con el predicador del cuento:

—Por vosotros le escupieron el rostro, por vosotros le coronaron de espinas, por vosotros le crucificaron...

Y con lo que sigue... ¡á García Alix, que á mí no!

CERNUDA.

Si eres ministerial
para subir no dejes de hablar mal,
y si de oposición,
para subir elogia á discreción.

No persigas solteras ni casadas,
ni pagues nunca deudas atrasadas.

ADELINA

I

FRAN las ocho de una noche fría y húmeda; larga fila de carruajes, conduciendo bellas damas, dirigíanse al hermosísimo palacio del marqués de Florencia.

El marqués daba un gran baile. Quería celebrar el restablecimiento de Adelina, hija única, y los salones, cerrados durante tres meses, volvieron á abrirse para recibir lo más escogido de la sociedad madrileña.

La temperatura era horrible: uno de esos días traidores, de frío aguado, que tantas víctimas produce y tantas tristezas ocasiona á los miserables. No eran pocos los pobres que, forzados á luchar contra la inclemencia del tiempo, quedaban atónitos contemplando aquel desfile insultante, verdadera ostentación de lujo.

En cambio, dentro, en la regia mansión, todo era regocijo, comodidad, dulzura, y el ambiente tibio y perfumado; las luces de lámparas y bujías, multiplicándose por tantas salas y uniéndose vahos de las respiraciones, contribuían á hacer agradable la velada. En las tersas lunas se multiplicaba la muchedumbre; una muchedumbre fastuosa, rica en decoraciones, en perlas y brillantes, en oro y pedrería; no había semblante que no respirase la apacible satisfacción de los dichosos.

Era el marqués de Florencia un anciano de severa actitud respetable. Tenía don de gastar y sabía disimular su gravedad con benévolas sonrisas.

Desde la muerte de su esposa, surcaban su frente numerosas y profundas arrugas, y no era el peso de los años los que habían agobiado su cuerpo; en su andar, en sus maneras, en su palabra, descubriase la característica de la aristocracia española, que la nieve del tiempo no logra muchas veces apagar.

Adelina, convaleciente, parecía haber triunfado por completo de la enfermedad; aunque pálida y débil, la sonrisa con que recibía las felicitaciones era una promesa de vida.

—No veo al conde Luis,—dijole Adelina á su padre, en el momento de entrar en el salón principal.—¿Está usted seguro de que la invitación le fué bien dirigida?

—No sólo estoy cierto, sino que seguramente vendrá con mi amigo el vizconde de Amarante, mi verdadero amigo, y confieso, si Dios quiere, pronto serás vizcondesa. A nadie sino á él he de ofrecer tu mano.

Nublóse el semblante de Adelina al escuchar las palabras de su padre; pero, haciendo un gran esfuerzo, repuso:

—Y ¿prometió él venir?

—¿No te lo he dicho? Ahora que veo tu restablecimiento, casi me arrepiento de haber reanudado mis relaciones con el conde Luis.

—¡Por Dios, papá! Precisamente porque Luis ha sido tratado hasta ahora con tanto despego por usted, es por lo que me propongo reparar el daño anterior hasta donde esté de mi parte. Así es que quiero prodigarle mis más señaladas atenciones; y si usted desea verme contenta, me ayudará á probarle que se le recibe como á individuo de familia.

—Con tal de darte gusto... Mira, ahí están.

En efecto, en aquel momento entraban. El conde Luis era un joven apuesto, gallardo y de distinción extraordinaria.

Suponíase que su fortuna se hallaba algo comprometida, á consecuencia de las galantes locuras de su juventud. Y, en efecto, Luis, arruinado completamente y lleno de deudas, pero sostenido por sus acreedores mismos, que corrían tras su dinero y contaban con un rico matrimonio para ser pagados; el conde Luis, decimos, buscaba una heredera, y la hubiera aceptado, en caso necesario, á cualquier precio, fea, horrible, gastada, con tal que su dote tuviese buenos ojos.

La señorita Adelina, joven muy linda, é hija de un padre millonario, rica además por la fortuna de su madre, desde el día en que contrajese matrimonio, le pareció el ideal que buscaba.

Sospechando, con razón, que el marqués, al tratar de esta unión, no daría su consentimiento, resolvió antes que todo agradar á Adelina.

Para un tuno redomado y además encantador, era empresa fácil hacerse amar de una niña tan inocente y romántica.

Triunfó de una manera completa. Adelina vino á estar completamente loca por él.

Su entrada en el salón llamó la atención de toda la concurrencia.

El marqués de Florencia les salió á su encuentro, presentándoles á Adelina, quedando el conde Luis sorprendido del afectuoso recibimiento que el noble señor le hizo.

(Continuará.)

F. OLTRA Y DALMÁU.



—¡Oh existencia desgraciada!
¡Que se vea una forzada
á servir de lavandera
y á permanecer soltera!

Miscelánea

A LOS CORRESPONSALES

Son muchos los Sres. Corresponsales que vienen aumentando el pedido para el número extraordinario, y rogamos á los que aun no lo han hecho se sirvan apresurar la nota, pues sentiríamos vernos en el caso de no poderles luego servir.

Diálogo espiritista:

- ¿Es el espíritu de mi esposo el que está presente?
- Sí,—contesta una voz.
- Dime, Pepe mío, ¿eres feliz?
- Mucho.
- ¿Más que cuando estabas á mi lado?
- Mucho más.
- Y ¿dónde estás ahora?
- En el quinto infierno, hija mía.

Un muchacho lisiado pide limosna á un caballero, el cual le da cinco céntimos.

—¡Cinco céntimos!—exclama el chico con desdén.—
¡Y para esto es uno huérfano y manco!

Un epitafio:

*Aquí yace D. Hipólito X., tratante en cerdos.
Muy llorado por los suyos.*

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La*

Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.

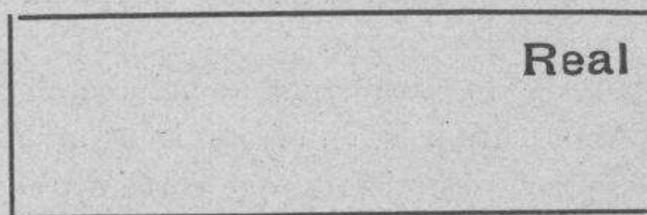
Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Charada

La corista doña *Todo*,
en el templo de *dos tres*,
junto con su *mamaita*
y el que novio quiere ser,
comían *prima segunda*
cuando á visitarla entré,
y después, en el forillo,
escribi lo que aquí ves.

MORENO.

Jeroglífico comprimido



RICARDO BLÁZQUEZ.

Cuadrado

```
* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
```

Cambiar las estrellitas por letras, de manera que vertical y horizontalmente se lea: en la 1.^a línea, parte de la cabeza; en la 2.^a, arma de fuego; en la 3.^a, carruaje; y en la 4.^a, virtud.

K. MARÁ.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 Nombre de varón.
- 1 8 2 2 3 9 9 6 Parte de la boca.
- 8 7 2 8 4 8 2 Verbo.
- 7 8 2 8 5 6 Adjetivo.
- 2 6 4 8 9 Planta.
- 6 9 9 8 Util de cocina.
- 9 3 6 Paquete.
- 3 2 Verbo.
- 4 Consonante.

I. TESNOP.

Rombo

```

      *
    * * *
  * * * * *
    * * *
      *
  
```

Substituir las estrellitas por letras, de forma que horizontal y verticalmente puedan leerse los siguientes resultados: 1.^a, número romano; 2.^a, mineral; 3.^a, en el verano; 4.^a, artículo (plural); y 5.^a, consonante.

LUIS REDÓN.

Rompecabezas

Busquen un nombre de mujer, del cual, quitándole su primera letra, dé por resultado otro nombre de mujer y un adjetivo.

MANUEL CAMPILLO.

Soluciones á lo insertado en el núm. 524

CHARADA.—Maleta.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Hortensia.

SALTO DE PULGA.—Caramelo.

TERCIO SILÁBICO:

```

GA - LE - RA
LE - VAN - TE
RA - TE - RO
  
```

CRUZ:

```

  T A
  O L
T O L E D O
A L E M A N
  D A
  O N
  
```

Correspondencia

por CLAK

Eccéntrico.—Y menos mal que ha escrito usted bien y ha acomodado mejor el pseudónimo. Hasta se me figura que es el colmo de la excentricidad eso de que usted se

dedique á molestar á los periódicos con sus tonterías y rarezas.

A. B. D.—Aunque parezca mentira, estoy conforme con lo que usted dice en su carta y con lo que usted dice en sus versos. ¡Y eso que son versos .. versos *dinámicos!*

R. A. N.—Lo publicaré.

Incógnito.—Pues yo digo ¡caramba! que parece mentira que usted disparete cuando se dirige al público, siendo así que es tan correcto y tan bien hablado en su epístola. ¡Es que ha querido usted tomarme el pelo? Pues mire, se lo toma á su abuela, si la tiene, y si, viviendo, tiene ella el genio tan pacífico que tolere la broma de un baboso.

D. P. M.—Querido, puedo jurarle por los manes de Mahoma y hasta por sus zapatillas, que no he recibido semejante original. Lo original, precisamente, es que no se hubiera extraviado en correos, ó sea que hubiera llegado sin tropiezo alguno á mi poder.

L. R. O.—A usted le digo, ampliando lo que antecede, que no hay seguridad absoluta; que no puedo yo responder, como usted quiere que responda, y que en último caso, si lo he leído y no dije «esta boca es mía», ¡comparecito del arma, qué disparatado habrá sido el tal protocolo! Porque yo raramente dejo de atender á quien me honra con su benevolencia. Añado que son muchas las cartas que recibo, y entre ordenarlas, revisarlas, disponerlas, mandarlas á la imprenta y alcanzar el número de orden, se pasa poco menos que una eternidad. Y luego llegan ustedes y exigen que se les conteste poco menos que á vuelta de correo.

O. Z.—Rima, conste que titula usted rima á esto:

«La vi levantarse muy fresca por la mañana
cuando el sol con su cabellera de oriflama
se despierta cada día,
y al verla así entusiasta la bendije,
y con acento de Dios tonante dije
yo te adoraría.»

Si eso es una rima, á cualquier Pedro llaman Santiago.

F. D. U.—¡Mira que salirse con esos calores cuando casi se ha desatado con sus fríos el invierno!...

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia

al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 céntos.

Núm. 526

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.	LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.	VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.	LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.	ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª
ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.	EL TENORIO DE BELCHICHE.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.	ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.	LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.	PRESA DEL DIABLO.
LA HIJA DE LA MUERTA.	ANDRAJOS Y DIAMANTES.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.	ENRIQUETA.
CORAZÓN DE MADRE.	UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.	LA CRUZ DEL MONTE.
ABANDONADA EN EL MUNDO.	EQUIVOCACIÓN FATAL.
CALVARIO DE AMOR.	MUJER Y ÁNGEL.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.	FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)
CORAZÓN EN LA MANO.	EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.	EL SUEÑO DEL ARTISTA.
EL PERDÓN DEL MARINO.	POBREZA Y VIRTUD.
LÁGRIMAS DE HIELO.	
EL REY DE IMERECIA.	
EL CUENTO DE MARÍA.	

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86**.
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba**.
En Madrid: **D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería**.—**D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos**.